

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 40
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

EPISODIO HISTÓRICO.

(1824.)

UN ESPAÑOL EN SIRIA.

(Continuacion).

VI.

LA INTELIGENCIA AMOROSA.

inútilmente esperó Bazterrica en la ventana á que volviera la mora: retiróse al fin, se acostó y luchó en vano por dormirse: estaba demasiado despierta su imaginación; y en estos casos, por mas fatigado que se halle el cuerpo, no se conquista el sueño, que es el verdadero descanso, porque lo es del espíritu.

Llegada la hora de la comida, atavióse elegante á la europea y se presentó á Mehemet-Ali, que mandó llamar á la sultana y á sus dos hijas mayores para comer juntos. Reunidos, pasaron al comedor donde esperaban algunos personajes de la corte.

Colocados todos en la mesa por su orden correspondiente, fué distinguido Bazterrica, señalándole su asiento entre las dos hijas de Mehemet. Tan marcada y honorífica distincion se reservaba á pocos. Bazterrica no la esperaba; de modo que cuando se vió entre aquellas dos princesas turcas, ataviadas con ese lujo verdaderamente oriental, estaba enagenado; estábalo aun mas al reparar su hermosura; al ver la inimitable blancura de sus carnes, el lustre de sus negros cabellos, el melancólico mirar de sus grandes ojos, negros tambien como el azabache, y el completo todo de su belleza. Resaltábala la extraordinaria situacion de nuestro compatriota, la cual le hacia experimentar emociones nunca sentidas; y como eran nuevas, le turbaron algun tanto, lo cual le dió cierto aire de interés, que añadido á ser el protagonista del banquete, hizo se fijaran en él las miradas de todos, y que le dirigieran la palabra despues de á Mehemet.

Kinza, que así se llamaba la jóven mora que tenía Bazterrica á su derecha, y que en lengua árabe significa tesoro, era la misma que le enviara la hoja de mirto, y la que fué sorprendida escuchándole en el jardín. Pero no pudo verla Bazterrica, y en vano trató de leer en sus furtivas miradas si era ella la que él creía le amaba, ó al menos le miraba con interés.

Doloroso era para nuestro compatriota no saber quién le enviara la hoja de mirto; pero al ver un plato de frutas que habia en la mesa, y estaba adornado con flores y mirtos, cogió de estos, y al mismo tiempo de dar una fruta á cada una de las jóvenes que tenía á su lado, dejó como inadvertidamente en el plato una hoja de mirto, cuidando de observar cómo recibian esto, que para los demas parecia insignificante. Fué, en efecto, para una de las princesas moras, pero cuando Kinza lo notó, sonrióse aunque no tan disimuladamente que dejara de verlo Bazterrica.

Satisfecho entonces de su descubrimiento trató de corresponder á la sonrisa, pero temeroso de que le sorprendieran el lenguaje de los ojos, apeló á otro mas elocuente aun, cual fué el apretar la mano de Kinza; mano que no retiró para colmo de la felicidad de nuestro compatriota.

Terminado el banquete pasaron todos á un salon ricamente adornado, donde Bazterrica ostentó su habilidad en el piano, siendo aplaudido por el mismo Mehemet, para que le fuese mas completa su satisfaccion.

VII.

UNA DECLARACION AMOROSA.

No habia terminado aun aquella reunion que tan fantástica parecia á nuestro compatriota, cuando recibió Mehemet un oficio que él mismo leyó en el acto. Concluida su lectura, miró en su rededor, y despues de observar un momento á Bazterrica le llamó y le dijo:

—Las vicisitudes que ha experimentado la Siria de tres años á esta parte arruinando á muchas poblaciones; los temblores de tierra como el de 1822 que destruyó á la rica y populosa Alepo, han empobrecido á muchos árabes que se han armado y corren unidos por el pais causando vejaciones á mis vasallos y cometiendo robos y crímenes. Van engrosando sus fuerzas que pueden poner en peligro la tranquilidad de mi reino: urge, pues, su exterminio, y en prueba de deferencia y de confianza os lo encargo.

—Señor... tanto honor... contestó Bazterrica... —Le mereceis... tomad la gente que necesiteis y disponed para partir mañana, llevando mis instrucciones.

Tomo III.

Bazterrica no cabia en sí de puro satisfecho. La mision que se le daba no podia ser mas laudable para él. Iba á combatir contra enemigos de su protector que lo eran ademas de su religion: iba á vengar á la humanidad ultrajada por aquellos feroces turcos, é iba por último á rendir un señalado servicio á Mehemet-Ali, padre de Kinza.

Los motivos de su satisfaccion no podian ser mas laudables.

Continuó conversando con Mehemet, y fácil era conocer en su rostro la alegría de su corazón.

Al separarse luego de Mehemet se acercó á Kinza y la dijo:

—Mañana parto, señora.... ¿teneis que mandarme?

—Que volvais pronto.

—¿Nada mas?

Kinza no contestó.

—Bien, dijo para sí Bazterrica, algo mas siente. Despues la preguntó: ¿Me permitiríais haceros un encargo?

—Cuanto gustéis.

—Entonces serán dos; primero que me permitais que pelee invocando vuestro nombre.

—¿Vais á pelear? preguntó precipitada Kinza sin poderse contener.

—Sí, á pelear con los enemigos de vuestro padre.... á quienes venceré.

—Alá os guie, exclamó la jóven con el acento religioso de una alma apasionada.

—Y vuestra imagen, Kinza, dará aliento á mi valor y fuerza á mi brazo: ella me guiará á la victoria y me dará el triunfo.

Al acabar de decir esto miró en derredor de sí por si lo oian: en la fuerza de su entusiasmo, habia levantado la voz mas de lo regular; pero afortunadamente solo Kinza le oia y le preguntó.

—¿Y el segundo encargo?

—Ah, sí, dispensad, tenia que pedirlos, que suplicasos un favor.

—Decid....

—Que me dediqueis algun recuerdo....

—¿En cambio de qué? le preguntó con voz apagada....

—De mi amor, Kinza, la contestó al instante....

En aquel momento se acercó la otra hermana é interrumpió la conversacion; poniéndose á hablar entonces Bazterrica de su marcha.

VIII.

LA DESPEDIDA.

Inútil es decir que si emociones tuvo Bazterrica la noche anterior, mayores las tuvo esta. Se habia apasionado de Kinza; y su recuerdo tenia despierta y lisonjeada su imaginación.

Se sentó al piano y repitió la oriental que ya conocen nuestros lectores.

De pronto se acercó á la ventana y por entre el verde follaje distinguió un bulto que no dudó fuera Kinza. En aquel instante no sabia que hacer: su primer pensamiento fué que no huyera, y poniendo las manos en ademán suplicante.

—Oídme por Dios, la dijo.

El bulto no se movía, y con la celeridad del pensamiento saltó Bazterrica al jardín, y se acercó respetuoso á la mora, que era Kinza.

—Gracias, señora mia, gracias por haberos compadecido de un desgraciado, que ya no lo es si cuenta con vuestro amor, así como podeis contar con el mio.

—¿Con el vuestro? le preguntó sonriendo.

—Sí, con el mio, señora; escuchadme. Desde mis mas tiernos años han sonreído á mi suerte halagadores ensueños, que han formado parte de mi juvenil existencia. En ellos he columbrado mi felicidad, porque me presentaban una vida de amor desconocida hasta ahora, porque solo la comprendia en sueños. En ellos veía á un ángel, á una de esas huries de cuello alabastrino, cabellos de ébano, y ardientes ojos negros como el azabache; una de esas bellezas como las piñta Mahoma en el paraíso de los creyentes. Yo la veía, y lo la hablaba en mis sueños y la adoraba; á mis miradas, á mis palabras y á mi amor contestaba siempre con su divina sonrisa que me embriagaba, porque su boca despedía un perfume embriagante como el entreabierto capullo de una flor. —Han pasado años, señora, sin encontrar la realidad de aquella ilusion, de aquel sueño; pero en cuanto os he visto la he hallado; sois mi ilusion; sois la realidad de mis sueños; sois á quien he amado antes de conocerlos, y á quien adoro, á quien idolatro ahora. Decidme que no me amais y huiré de vuestro lado, correré á la guerra y moriré en ella amándoos.... Si me amais.... no quiero mas gloria ni mas felicidad que vuestro amor.

—En mucho le apreciáis, estrangero....

—En lo que vale, señora; porque sois lo que indica vuestro nombre; un tesoro.... ponedle precio si podeis.

—Y muy grande: si he de amaros he de ser la única á quien ameis.

—No aman á dos los españoles.

—Soy turca; pero no tengo mas que un corazón, le doy, y quiero poseer otro entero.

—Y la vida tambien, Kinza.

Y al mismo tiempo tendió Bazterrica sus brazos y la estrechó en ellos, estampando un ardiente beso en sus mejillas.

Bazterrica estaba fuera de sí: amaba con pasión á Kinza y se veia correspondido por ella; su felicidad era completa.

Al desprenderse de sus brazos:

—Adios, Kinza, la dijo. Dios conoce nuestro amor, la pureza de nuestros sentimientos, y los bendecirá desde su trono. Voy á pelear y á ser digno de tu amor.

—Sí, es preciso que partas, español; yo quedaré rogando por tu vuelta; cada nuevo sol verá mi rostro bañado en lágrimas; y cada nueva noche no será mas triste que mi dolor, hasta tu vuelta. Cuidaré estas flores, y todos los dias arrojaré al aire algunas para que llegue á ti su aroma, y mi recuerdo.... Adios... español... pero espera.... toma mi chal... que sea tu banda y cubras con él tus heridas, trayéndome con tu sangre si fueres por desgracia herido.

—Nada temas Kinza. Adios.... Adios....

IX.

LA PARTIDA.

Bazterrica, con su elegante uniforme turco, emprendió su marcha al frente de cien soldados de caballería de la lujosa guardia de Mehemet.

Tomó el camino de las celebradas ruinas de Palmira, á donde tenían su guarida los insurgentes; de aquellas ruinas que tan sublimes pensamientos inspiraron á Volney.

Asombrado quedó tambien Bazterrica á su vista; pero no iba á contemplarlas sino á buscar á los que ya no estaban guarecidos entre ellas, por lo cual hubo de retroceder hacia Damasco y de aquí á los montes de Judea que median entre Jaffa y Jerusalem.

Hallábase aquí el paso de los peregrinos que iban á visitar la Tierra Santa, y este fué el teatro que escogieron para sus escursiones. A él fué Bazterrica y á poco se encontró en la antes bella y graciosa Joppé, hoy Jaffa, medio arruinada por los sitios que ha sufrido por propios y extraños, aunque solo contamos desde su conquista por Napoleon á fines del pasado siglo.

Desde Jaffa saludó nuestro compatriota las aguas del mar que baña la costa oriental de España, y sin detenerse apenas en aquel puerto de la Palestina, se internó en la Judea donde dió caza y empezó á destrozar á los insurgentes.

El éxito afortunado que consiguiera en sus primeras operaciones no le alentaba tanto á conseguir el pronto exterminio de aquellos insurgentes, como lo poco grato que le era aquel terreno triste y solitario en general, y máxime si lo comparaba con el que habia poco habia dejado y en el cual se hallaba ademas su Kinza, su amado tesoro. Aguijoneábale, pues, el deseo de terminar aquella campaña, y no habia penalidad ni fatiga que omitiese para conseguirla.

Siempre á caballo recorria continuamente el pais. Un dia que se ocupaba en una batida, le avisaron sus tiradores de que á lo lejos se distinguian algunos grupos. Se hallaba en un monte, y mandó hacer alto. Distribuyó en celada su gente y esperó. En tanto se colocó en un punto culminante para observar la fuerza y la marcha de los enemigos. Pero cuando los bultos se acercaron conoció su error: los enemigos eran unos frailes cuya direccion era sin duda á Jerusalem.

Venian de Jaffa.

Preparábase á volver á reunir su gente, cuando uno de sus espías que tenia en aquella poblacion llegó á él y le dijo:

—Señor, los enemigos están cerca de nosotros.

—¿Cerca de nosotros? le preguntó sonriendo.

—Cerca, sí.

—¿Son aquellos? dijo Bazterrica señalando con la mano al punto donde se distinguian los frailes.

—No señor: esos son á quienes van á robar. Esa es una caravana de misioneros y peregrinos españoles.

—¿Españoles, dices?

—Sí, señor, embarcados en Barcelona: hace dos dias llegaron á Jaffa, y hoy han partido para Jerusalem.

—¿Y hacia dónde están los insurgentes?

—Hacia la aldea de Latroun (1), pero vienen corriendo á este monte.

—Bien está, á tu puesto.

Observó nuevamente Bazterrica, y reunió su gente.

(1) Llámase de Latroun ó del Ladrón esta aldea, porque es en efecto la patria de San Dimas, el Buen Ladrón que murió con Jesucristo, cuya misericordia imploró en su última hora.

X.

La caravana era en efecto de misioneros y peregrinos españoles. Aun podíamos citar los nombres de algunos, que habiéndose inclinado á los principios liberales en 1822, se arrepintieron luego por circunstancias que no son de este lugar, y como penitencia de su apostasia se impusieron una peregrinación á Jerusalem.

Anunciada con ruido en España la salida de esta expedición, se reunieron en Barcelona un buen número de frailes que se embarcaron en 1825 para los santos lugares, donde ya se hallaban.

Llenos de piadoso recogimiento marchaban por aquellas tierras, tantas veces benditas y tantas veces holladas por los patriarcas y santos varones que precedieron á Jesús, y por los que quisieron libertar andando los siglos su sepulcro, como Godofredo de Buillon, Raimundo, Tancredo el Bravo, Hugo, Ricardo Corazon de Leon, y el Santo Luis de Francia, y otros y otros que no por carecer de un nombre fueron menos guerreros, menos valientes y menos santos.

En medio del religioso silencio con que marchaban, entregados á profundas y piadosas meditaciones, vino á herir sus oídos el tono de una canción que conmovió á todos los españoles de una manera eléctrica.

La canción que oyeron fué la siguiente:

«Un fraile dijo
En un sermón
Que era pecado
Constitución.»
Trágala etc.

Pararon como se hallaban; todos se contemplaron mutuamente por ver si alguno explicaba aquello que les parecía un fenómeno extraordinario.

Oían la canción y á nadie veían; se hallaban en un monte y nada distinguían. Creían soñar, sin embargo, y cuando se iban á interrogar por aclarar algo, oyeron que les dirigían la palabra en vasconce. Para algunos era incomprensible este lenguaje; pero iban cuatro jesuitas de Azpeitia, y comprendieron claramente que se les intimaba rezar el Credo y ponerse de rodillas.

Atónitos entonces comunicaron á sus compañeros lo que oían, y que les amenazaban con la muerte si daban un paso.

Solo el diablo, decían para sí algunos, puede perseguirnos de tal modo en este sitio; y por un movimiento instantáneo hicieron todos la cruz y empezaron á rezar; pero la voz vascongada volvió á amenazarles con la muerte sino rezaban el Credo y se ponían de rodillas; y en claro lenguaje español, les fué dictando el Credo, diciéndoles despues que estuvieron todos de rodillas, con las manos alzadas al cielo, pues ya se contaban mártires.

- Creo en Dios padre.
- Creo en Dios padre, contestaron en coro.
- Todo poderoso.
- Todo poderoso.
- Criador del cielo.
- Criador del cielo.
- Y de la tierra.
- Y de la tierra.
- Y en Jesucristo.
- Y en Jesucristo.
- Su único hijo.
- Su único hijo.

Y cuando esperaban todos la muerte, salió Bazterrica abriéndoles los brazos y diciéndoles:

—¡Vivan mis valientes compatriotas!... alzad que también soy español, aunque me veis con este traje. Me perseguisteis un día y he querido tomar las represalias; pero olvidese todo.

Se levantaron todos, y los jesuitas de Azpeitia llenos de alegría al oír hablar el dialecto de su país, fueron los primeros que estendieron sus brazos á su conocido paisano.

Se confiaron entonces sus vicisitudes, y queriendo nuestros compatriotas continuar su marcha á Jerusalem, Bazterrica les acompañó escoltándolos.

NOTA. Escrito lo que precede se han acercado á nosotros algunos parientes de don Manuel Bazterrica, deseosos de saber de nuestro personaje. En la imposibilidad de complacerles como deseáramos, y merecen, han tenido sin embargo la bondad de facilitarnos los medios de obtener completas noticias de nuestro compatriota, cuyos extraordinarios hechos han ocupado mas de una vez á la prensa de Europa. Entonces proseguiremos nuestro Episodio, que es verdaderamente histórico.

A. PIRALA.

COSTUMBRES

SEMBLANZAS DE VIAGEROS.

I.

Cuando el deseo de huir el estival calor de la corte, la necesidad de reponer la salud quebrantada, ó mas bien de seguir el impulso de la moda nos hacen aban-

donar la coronada villa; no solo recorremos los países del Norte, admirando el magnífico espectáculo del líquido elemento que únicamente conocíamos en las pinturas ó en los versos de los que le trasladaban al lienzo ó le cantaban, por lo que su inspiración les hacia soñar, ó de él habían oído referir á sus abuelos; sino que al mismo tiempo tenemos ocasión de observar la diversidad de costumbres de cada provincia, y mas que todo, la divergencia de caracteres que nos presenta esta colección de trashumantes bipedos, reunidos en la nueva Arca, vulgarmente llamada diligencia. El fleumático con el bilioso, el estúpido con el sensible, el natural con el melindroso, todos los genios creados suelen encerrarse en ella; y cuando la suerte hace que se encuentren los mas opuestos y antipáticos, resultan para el curioso escenas como la que presencié, y trato, amado lector, de referirte.

Salimos de Madrid en uno de los días del mes de julio, y como el calor era insoportable, y las dos berlinas de los coches del Norte comunican por una ventanilla, alzóse esta, de comun acuerdo, y con el mas ferviente deseo de promover la ventilación. Tan favorable circunstancia proporcionó, á mi que iba en la segunda, ver lo que en la primera pasaba.

Ocupado uno de sus rincones por una joven propia y elegantemente vestida, cuyos rasgados y negros ojos, azuladas ojeras, afilada nariz, diminuta boca y dulce expresión del conjunto podían entusiasmar el mas helado corazón; iba en el otro una señora, que por su parecido y mayor edad, estaba denotando al mas torpe ser la que al mundo la trajera. Ambas formaban el mas original contraste con un hombre, que frisando en los cincuenta y las nueve arrobas, se las había colocado en medio, no sin grave peligro de que fuesen víctimas de la ruina de sus inminentes carnes.

Durmióse profundamente este *bonus vir* á poco de haber partido, y como con la inercia que da el sueño y el movimiento del carruaje oscilase sin cesar, sacudiendo enormes cabezadas cuando á la madre cuando á la hija, hubo de despertar al tiempo que ésta, agotada ya el sufrimiento, exclamó:

—Téngase vd., caballero, ¿no vé vd., que me está arrugando la cinta de la papalina?

—Buenos días, madama, la contestó bostezando, y sin olvidarse de sellar su abierta boca con la señal de la cruz, buenos días, parece que se pasa el rato leyendo, ¿es algun arte de cocina?

—No, señor; es el Judio Errante.

—¡Ah! la historia de aquel desgraciado zapatero de quien me contaba mi amigo el cura, don Blas, que por haber tenido el atrevimiento de no permitir á nuestro Redentor que descansase en su puerta cuando caminaba al Calvario, fué condenado á vagar por el mundo hasta el día del juicio. Bueno, bueno: gran escarmiento podríamos sacar de tal suceso, si reflexionamos un poco; pero....

—No, señor, si es una novela de Eugenio Sué.

—¡De Eugenio Sué!!! ¿Del mismo que ha compuesto los misterios de París?

—De París querrá vd., decir, caballero.

—Me da lo mismo, porque todos son á cual peores. ¿Cómo permite vd., señora, añadió dirigiéndose á la mamá, cómo permite vd. que su hija lea tales libros?

—¿Cómo? Por que es un requisito de sociedad estar bien enterada en la novela contemporánea; y no quiero que mi Adela sea menos que las demas elegantes con quienes alterna en los círculos mas notables de Madrid. Además, caballero, de que creo yo que esos libros en que se aprende de todo, que esos y otros libros en los cuales se trata con tanta maestría como solidez de principios, desde el suicidio hasta la pena capital, deban desterrarse de las manos de las jóvenes. No, señor, no; porque la capital, esa pena cruel, que la sociedad no tiene derecho de imponer, y que conmueve á todas las almas nerviosas, debe de abolirse; yo por mi la aboliría, pues aseguro á vd. que cada día que hay un ajusticiado me veo fuertemente atacada de los nervios.

—Mire vd., señora, á nosotros, ni á los novelistas, no nos toca hacer las leyes; pero yo sé que tales libros son muy perniciosos. Y digo perniciosos, porque es la palabra de que siempre usa el señor don Blas para calificarles. Yo no les he leído y Dios me libre de ello; si lo hiciese nunca sería sin obtener la competente licencia; pero, créamele vd., siempre oigo decir al señor cura, hombre instruido y buen predicador, que la moral de ese don Eugenio es muy corruptora, que todo lo que cuenta es mentira, en una palabra, que sus libros son muy perniciosos. Nada, nada, doña Adelita, vd. lea el Kempis y la Escuela de costumbres, repase la ropa y el arte de cocina, y aprenda á gobernar una casa, pues todo lo demás son farándulas.

—¡Jesús! qué hombre tan retrógado! dijo Adela volviéndose á mí.

—Pero no nos cansemos mas en lo que ni nos va ni nos viene, añadió el obeso sacando de entre las piernas un enorme cesto. Gustan vds., dijo, dirigiéndose á todos, un poco de jamon, una aniquita de pollo, una rajita de salchichon, un trozo de carne fiambre con pimienta, ó un traguito de Valdepeñas. A mí siempre me gusta llevar una friolera cuando voy de camino; con franqueza, si apetecen vds., pueden tomar lo que quieren, sin andar en repulgos de empanada.

—Mil gracias, respondimos todos.

—Vd., doña Adelita ¿un par de pastelitos?

—Mil gracias, caballero; esta mañana me dió mamá un caramelo, y me ha quitado la gana.

—Algunas veces me sucede á mí lo mismo; así es que nunca tomo nada, como no sea á mi hora.

Dicho esto sacó la bota y comenzó á engullir con tal entusiasmo, que todos pudimos comprender que habia llegado no tan solo su hora, sino tambien la hora de premar de cuantas provisiones llevaba.

II.

Iban á mi lado un joven estrambóticamente vestido y de original fisonomía, y una doncella bastante agraciada; pero de aspecto severo, vista clavada en el suelo y religioso continente. Estos, que como yo, habíamos permanecido en silencio, mientras que la polémica de nuestros vecinos hacia menos pesado el camino y mas soportable el polvo que nos ahogaba, representaron la segunda escena del acto que voy narrando.

Habia sin embargo observado que el joven estaba sumamente agitado é inquieto, que se revolvió y miraba á todas partes, que pronunciaba algunas palabras en voz baja, hasta que ya tomando aliento, dije, con bien inteligible entonación.

—¿A dónde va vd. señorita?... ¿Está vd. enferma?... ¿Va vd. á baños?... ¿Es vd. vascongada y vuelve á ver á su familia?

Y como la joven no contestase, añadió entre apasionado y resentido.

—¿Es posible que ese rostro tan velludo, que esos ojos de mirar tan escrupuloso, que esa oreja tan espesa, esa alma tan atrevida y corruscante, todo, todo permanezca en silencio mientras las mantecas de amor se derriten al fuego alquitranado de su vaporoso corazón?

—Caballero, yo no entiendo, ni quiero entender una palabra de cuanto vd. me dice.

—¡Desengaños! ¡Cuando con sus cortantes y punzantes palabras rompe el delicado cuanto tupido candor del silencio, solo es para dejar en mi alma una brecha igual á la que podría abrirme una bala de treinta y seis!

—Este debe ser artillero, dije yo para mí.

—¿Con que no quiere vd. oírme? ¡Ingrata!...

Cuando, despues de ir todos los días á San Luis, por el portador del agua á su casa que sale vd. en esta diligencia, y vengo en alas del buitre de mi amor para seguir el raudal vuelo de su desden de lechuza; cuando logro atrapar á vd. entre mis garras, lamiendo con mi avidez el aceite de mi lámpara me desprecia, ¡me desprecia vd. con tan fria voluntad! Esto es sensible, cruel, propio, en fin, de un corazón de pedernal que no le debe de dar ni una sola chispa de amor, porque no ha encontrado el acero que debe producirle. ¡Ah!... ¡Oh!... si yo pudiera, ¡ah!...

—Caballero, ya me canso de oír á vd. tales sandeces: repórtese, vd. porque de lo contrario voy á llamar no crea vd. que vengo sola; estoy recomendada al mayoral.

—¿Con que no me queda esperanza ninguna de que el Etna que me abrasa haya de poder ser apagado con el agua húmeda y susurrante de su caudaloso Rhin?

—Ninguna: hace tiempo que podía vd. haberlo conocido, y no sé, ni por qué le doy tales explicaciones. Mi reino no es de este mundo; deseosa mi alma de conseguir la felicidad eterna, quise mortificar el cuerpo en esta vida, tomando el hábito de Capuchina; pero como hasta este consuelo, este femenino recurso no le quitado la moderna ilustración, solo voy á ser hermana de la Caridad en el hospital de Vitoria.

—¡Horror! ¡abominación! ¡inabundante absurdo! esos ojos mas negros que el lustre de mis botas, no debían, no, mas nunca el fétido hedor de un hospitalario claustro.

Como vi que la joven se inquietaba demasiado, ante que con justa razón, y que me llamaba en su auxilio tomé su defensa.

—Caballero, le dije, cese vd. ya en tan importante querella; respete vd. los fueros del sexo débil, ó cese te vd. con que este me tendrá hoy por su mas decidido campeón. Sus pretensiones de vd. serian, despues de lo que acaba de oír, demasiado ridículas é inoportunas para que quiera vd. seguir en ellas, faltando al decoro que se debe á una joven.

Entre avergonzado y mohino quedó el entusiasmo doncel con tan inesperada filípica; y medio convulso y petrificado, se abandonó, sin levantar los ojos del suelo, á una aparente meditación.

III.

De ella vinieron á sacarle las desaforadas voces de «mayoral, mayoral» que de la rotonda salían.

Paró el carruaje, salté de él algo asustado; pero instruido al momento de lo que podía ser, gocé un rato en oír tranquilamente este diálogo.

—Mayoral, este hombre nos viene fastidiando todo el camino: nos achucha, está diciendo mil palabrotas, fuma unos cigarros tan malos, que nos tiene mareados.

—No haga vd. caso; si he echado algun ternero porque como vd. debe saber muy bien, el ganado muerde si se le habla con buenas palabras, yo llevo mucha prisa, y quiero llegar pronto á Bayona. En cuanto al tabaco, como no quiero defraudar á la Hacienda, fumo del estanco, y si es malo yo tengo obligación de gastar de él y vds., fregatrices, de olerle, mal que las pese.

—¿Cómo que fregatrices? ¿Sabe vd., caballero, que está vd. hablando con la sobrina de mi tío? Pues señalo vd., si señor, de mi tío, diputado á cortes, no es como se quiera, sino en las de los años doce y veinte y tres, que no eran los diputados como ahora; no, señor,

V.

¡aquellos eran diputados! y no los de hoy día, que unos tienen interés en que se pague, y otros en que se siga debiendo.

—Es que, señor, no puede vd. fumar en el coche.
—Es, que, mayoral, eso disminuiría las rentas estancadas, y la empresa de diligencias no es quien para oponerse á los inconvenientes del gobierno.
—Vamos, señores, haya paz, que ya me canso de pláticas, y tenemos prisa.
Con esto concluyó el mayoral, y cerrando la portezuela subió en el pescante y echamos á correr.

IV.

Mientras referíamos á nuestros vecinos, que no se habían apeado, la insurrección de la parte trasera, llegamos al pueblo en donde debíamos comer, y digo debíamos, porque siendo el parador ó posada tan malo como casi todos estos establecimientos en que se paga el hambre por tarifa, solo los menos escrupulosos hallaron buena la comida. Movíame la curiosidad á pedir al mayoral la oja ó registro en que veníamos anotados; y después de apuntar en mi cartera los nombres de los mas ilustres personajes que nuestro vehículo encerraba, subí al comedor y tomé asiento al lado de la espiritual Adela. Como su sólido compañero se hubiese sentado al lado opuesto de la mesa, pude, sin que él me oyera, dirigirla la siguiente pregunta.

—¿Cómo la ha ido á vd., señorita, con ese *bon vivant*, con el galante don Trifon?

—¿Qué! ¿se llama don Trifon?

—Sí, don Trifon de Andorra.

—Bien decía yo, que debía ser un hombre muy vulgar. —Ya puede vd. figurarse lo divertidas que habremos estado, añadió la mamá.

—Si por cierto, repuso Adela, con un hombre tan grosero, y que ha venido durmiendo casi todo el camino, no podía ser este sino muy ameno. Luego cuando todo el mundo lleva su elegante cavás, él encierra sus abundantes vituallas en un grande y tosco cesto de mimbres que ocupa media berlina.

—De eso tiene la culpa la empresa, dijo la mamá interrumpiéndola, que permite á nadie viajar sin cavás; ya ve vd., cuando es una cosa tan necesaria!

—Y tan necesaria!!! añadió yo, haciendo el eco.

—En fin, prosiguió Adela, todo su porte, toda su conversación corresponden perfectamente á su nombre y á su estampa. ¿Qué puede vd. esperar de quien dice que las mugeres deben saber guisar y gobernar una casa, de quien reprueba las novelas del inimitable Sue; de quien viaja con chaqueta aplomada y sombrero de copa alta. ¡Jesús! ¿qué tipotan excelente para el novelista francés!

—Podía vd. remitirse en un sobre para que le copie; ó mas bien, y mas fácil todavía, entregarse á la vuelta á nuestro Curioso Parlante que sacaría de él mayor partido.

—¿Y vd. no vió lo que ha hecho al apearse?

—Pues ¿qué ha hecho?

—Que se empeñaba en cogerme en brazos; yo me he resistido; pero no he podido prescindir de darle la mano. ¡Jesús! y ¡qué mano! sus dedos índice y pulgar están tan quemados del cigarro, que á no haber yo tenido guante, debería haberme lavado con el *vinaigre de los Siete ladrones*.

Estas últimas palabras, que Adela pronunció con cierto esfuerzo, hijo de la indignación que la osadía de don Trifon había en ella escitado, sacaron á este del gastronómico éxtasis en que yacía, y alborozado dijo:

—¡Oh! ¿han cogido siete ladrones? me alegraré que los ahorquen; aunque ahora se empeñan en que no se les ha de ahorcar; ya se ve ¡se necesitarían tantos verdugos! pero mejor; así tendría yo mas seguro mi alma. Y diga vd., ¿habrán sido los civiles? si, de seguro los civiles. ¡Oh benéfica institución!

—No, no es eso, caballero, le contesté: todo al contrario.

—Pues ¿qué es? prosiguió sobresaltado ¿andan acaso por ahí? ¿hay peligro? ¿dicen que nos han de salir? ¿han robado al correo? ¿algún otro coche? Entonces deberemos estar con el alcalde, ó que nos acompañe la guardia civil; pero ya se ve, ésta no hace nada: yo en Madrid siempre la veo paseando.

—No, no es eso: tranquilícese vd.: hablaba esta señorita del *vinaigre de los Siete ladrones*.

—¡Hombre! respire; pero ¿sabe vd. que el tal *vinaigre* es como pocos alarmante? En cosas mas inocentes pone su mano la policía. Ya se ve, hay que contemporizar: tiene este siglo, que sin duda por la invención de los fósforos, llaman de las luces, dos achaques harto notables: dar grandes nombres á cosas pequeñas, y mezclar en todas ellas la política. Cuando yo era jóven se veía escrito en las tiendas lisa y llanamente «panadería» «zapatería» «se venden librillos ó camisas»; y ahora leo en todas partes «fábrica de pan» «de zapatos» «de libritos para fumar.» «Al regenerador de la camisa.» «El artista que riza el pelo, vive en el cuarto principal, etc., etc.» El otro día á mas tardar, compré mi sombrero en el Pasaje de Murga un bote de charol para el calzado, y no pude menos de reír al leer la siguiente «Nota.» «Este producto ha merecido los elogios de los periódicos de todos los matices.» ¡Válgame Dios! y que la política ande mezclada con el charol! ¡y que haya temores de que ni con él ha de poder ser imparcial la prensa! Pero acaso sea una suerte cuando aquella va quedando relegada á las botas; fáltale al hombre muy poco para echarla de sí. Si alguna vez lo consigue, entonces será feliz.

VI.

Después de un rato de silencio, de ese silencio que sucede á la conversacion mas animada, y que causa el soñoliento hastío del camino, llegamos al punto en que debía separarme del que llevaba, para dirigirme á una quinta en la cual debía pasar quince días con un amigo íntimo que me lo había exigido. Recogí mi equipage, y habiendo despedido á los que tan buenos ratos me habían proporcionado, ignoro lo que de allí adelante les ocurriría.

Cuando á los tres meses volví á la corte, fúiles encontrando por la calle, y adquiriendo noticias que la pícara curiosidad me hacia buscar con afección. Solo indagué que Adela, hija de un ex-rico comerciante, y despreciada poco antes de su viaje por el marqués de N., con quien quería casarse, iba á buscar en las salobres aguas de Biarritz, como en las de Lete los paganos, ó Saffo en el promontorio de Leucades, un remedio á su abrasadora y romántica pasión: que don Trifon era un honrado tendero de la calle de Postas; y que Enrique pasaba por un buen literato, que escribía lo mismo que hablaba; y que, á pesar de ello, un

moderno Aristarco, indigno de tan respetable nombre, es decir, un *imparcial* gacettillero, que sin duda sería el que había anunciado tan favorablemente el enredo de las hortalizas, le calificaba de «jóven de grandes esperanzas: cuya bien cortada pluma habia de añadir nuevos laureles á la literatura española.»

PERSIO.

ESTUDIOS BOTANICOS.

La sensibilidad es, pues, la única facultad que distingue á los animales de las plantas. Comparemos estas á los primeros, y procuremos hallar un carácter mas marcado.

1.º Los animales y las plantas tienen órganos ó partes, que por su disposicion particular sirven cada una para un uso especial, y cuyo conjunto, puesto en accion, da por resultado la existencia del todo.

2.º Los animales viven, y la fuerza vital parece provenirles de la irritabilidad de sus partes, susceptibles de contraerse por el contacto de ciertos estimulantes. Otro tanto se efectúa en las plantas: la irritabilidad y la contraccion aparecen enérgicamente en las flores de la ruda y del cactus, en las hojas y los ramos de la sensitiva y en las hebras del atrapamoscas.

¿Qué resulta de esta comparacion entre los dos reinos, comparacion que fácilmente podríamos estender mucho mas? Que las plantas solo difieren de los animales en que aquellas respiran el ácido carbónico en vez del oxígeno, y que en la incineracion dan ácido carbónico en lugar de ázoe. Conocida la naturaleza de los vegetales, con la posible claridad empecemos á trazar sus formas generales, á fin de que no sea difícil comprendernos cuando entremos en mas estensos detalles.

La mayor parte de las plantas se componen: de una raíz *fig. 1. m.* destinada á fijarlas en tierra y á sacar de ella una parte de su nutrición; y de un tallo *e* que sostiene todas las partes de la planta. El tallo puede dividirse en ramas, las ramas en ramos, y los ramos en ramúsculos. Las hojas toman nombres diferentes segun el puesto que ocupan: las que están colocadas sobre la raíz, *i i* se llaman radicales, las que están unidas al tallo *h h* se llaman caulinares, y se da el nombre de hojas florales ó de brácteas á las que acompañan á las flores ó á sus pedúnculos. Existe una cuarta especie de hojas llamadas *estípulas*, que solo se encuentran en la base de las demas hojas ó de su cola, y que toman las mas veces formas muy singulares, como por ejemplo en los rosales, en los guisantes, etc. Las hojas *i i* están á veces sostenidas por una pequeña cola llamada peciolo, en cuyo caso se llaman peciola-las. Cuando faltan dichas colas, como en *h h*, las hojas se llaman sentadas, esto es, sin peciolo.

A veces las hojas ó su peciolo terminan en un hilo simple ó ramoso, que se agarra y enortija á los cuerpos vecinos, y tiene el nombre de zarcillos.

El tallo ó ramo termina en una pequeña prolongacion como *c*, destinada á sostener la flor, y se llama edúnculo. Este se separa á veces para sostener diversas flores como en *d d*, en cuyo caso las divisiones se llaman pedicúlos.

La flor es el órgano de los sexos, y por consiguiente el mas importante: compónese de los órganos de fecundacion, de que hablaremos despues, y de sus involúcrulos, los cuales consisten ordinariamente en un cáliz *b*, siempre colocado en el exterior y de color verde como las hojas, cuando existe por ejemplo en la campánula, que en la lámina se figura, en una corola *a* nunca verde, pero si muchas veces adornada de los mas brillantes colores. Cuando consta de una sola pieza, como en nuestra lámina, se llama la corola monopétala, y polipétala cuando de muchas, siendo cada pieza un *pétalo*.

No todas las plantas presentan flores semejantes á las que acabamos de describir, y que á causa de la brillantez y variedad de sus colores reciben el nombre de fanerógamas. Algunas hay en que apenas se conocen los órganos de la fecundacion, como por ejemplo los hongos *fig. 3.ª*, plantas conocidas bajo el nombre de *cryptógamas*, otras hay en que dichos órganos tienen una configuracion muy singular, como por ejemplo en los musgos *fig. 2.ª*, donde consisten en una urna *c* y una cubierta *b*. Estos últimos vegetales son llamados ágamos, siempre que los órganos de la fructificacion sean en ellos muy marcados, sin que sin embargo se puedan reconocer los de los sexos.

No todas las plantas constan de partes semejantes á las que acabamos de describir: los hongos, por ejemplo, ni tienen hojas, ni tallos, etc.; el que presentamos en la *fig. 3.ª* se compone de un sombrero *b*, de una especie de hojas *c*, y del pedúnculo *a*. Compónense otras de diferentes partes, cuya descripcion dejamos para luego.

Lo que hemos dicho hasta para conducirnos con seguridad por los deliciosos senderos de la botánica.

DE LA GERMINACION.

El primer fenómeno que se nos presenta, siguiendo el orden analítico, es el de la germinacion, primer desarrollo de la planta contenida en el huevo vegetal.

Tomemos una semilla, una judía, por ejemplo, y plantémosla: la humedad la penetrará, el calor ocasionará cierta fermentación, se romperán las cubiertas de la pequeña planta, y aparecerá una plantita, fig. 6.^a, que se compondrá de una radícula *c*, ó sea principios de la raíz; de un cuello ó nudo vital *d*, punto en que el tallo descansará sobre la raíz; de dos cotiledones *a*, comparables á dos hojas, y que llenan cada uno funciones enteramente distintas; y en fin, de una plúmula *b*, ó sea principio de tallo. Obsérvese que en la mayor parte de las plantas las primeras hojas que da la plúmula tienen una forma distinta de las hojas ordinarias; y distínguese á las primeras con el nombre de primordiales.

Los cotiledones vienen á ser las tetas de las plantas. En tanto continúan doblados y ocultos en la semilla, están compuestos de fécula y harina, y son los que en el trigo, en la avena, en la cebada, en el alforfón y otros cereales cultivados dan la harina de que se hace el pan. Después de la germinación, el oxígeno y el ácido carbónico, desarrollados por la humedad, el calor y el estiércol, obran sobre la fécula, y por medio de una operación, que nuestros químicos imitan con bastante exactitud, la convierten en azúcar, ó por mejor decir, en un jarabe muy azucarado, que, semejante á la leche de las hembras en los animales, pasa desde los cotiledones á la naciente planta, y la alimenta hasta

corta transversalmente el tronco de un árbol, es muy fácil el distinguir: contando su número con exactitud se puede reconocer la edad de un árbol. Adanson, y después de él otros viajeros botánicos, han contado las capas leñosas concéntricas de muchos baobales, árboles gigantes del Senegal, cuyo tronco ha llegado á adquirir hasta 30 pies de diámetro. En muchos de ellos han encontrado seis mil capas leñosas, de donde los naturalistas deducen que tan monstruosos vegetales han vivido seis mil años. Volvamos á la raíz.

Consisten las funciones de las raíces, así en fijar el vegetal en el suelo que le ha visto nacer, como en transmitirle parte de su alimento. No obstante, se hallan pocas veces equilibradas las dos funciones, pues las plantas grasas, es decir, las que tienen tallos y hojas espesas y carnudas, toman su mayor aliento del aire, y sus raíces parecen destinadas tan solo á fijarlas, y en las plantas de un tejido seco y delgado, las raíces parecen reconocer la nutrición por principal oficio. Las raíces no absorben los jugos nutritivos por toda su superficie como los restantes miembros de las plantas, si solamente por pequeñas bocas aspirantes, que tienen la forma de poros y residen en la estremidad de cada fibra ó cabello.

Considerándola con respecto á su dirección, se llama la raíz vertical fig. 7, cuando cala perpendicularmente en el suelo; horizontal cuando sigue la línea del

tallos subterráneos, articulados, que crían hojas sobre sus articulaciones, y debajo de ellas raíces.

DE LOS TALLOS.

Dáse este nombre al cuerpo principal de una planta, que elevándose sobre la tierra en sentido inverso á la raíz, produce y sostiene las demás partes del vegetal: son varias las especies de los tallos y pueden reducirse á las siguientes:

1.º El tronco, fig. 47, tallo de los árboles dicotiledones, leñoso, insensiblemente adelgazado en el extremo superior y ramificado.

2.º El astil, fig. 48, tallo exclusivamente propio de los monocotiledones, fibroso, de un diámetro casi igual en todos los puntos y algunas veces mas ancho en la cima, pocas veces ramificado, terminado generalmente por un grupo de hojas, presentando en toda su superficie impresiones de hojas que no existen.

3.º La caña, fig. 20, tallo articulado ó nudoso de las gramíneas casi siempre fistuloso y sembrado de hojas.

4.º El asta, fig. 49, especie de pedúnculo radical. Parte inmediatamente de la raíz, álzase derecha sin hojas ni ramificaciones y se compone de una sustancia herbácea.

5.º El tallo propiamente dicho es aquel que no



Lámina 1.a

que ya ha adquirido suficiente vigor para chupar por sí misma su alimento de la tierra por medio de sus raíces, y de la humedad del aire por medio de sus hojas. Cambia entonces el fenómeno, acaba la germinación, y la vegetación empieza.

DE LAS RAICES.

Las raíces á la par que el tallo, pueden ser carnudas, fig. 9 de la 1.^a lámina, ó leñosas, fig. 7. En el último caso su organización es idéntica á la del tallo, que es la que, para evitar repeticiones, empezaremos á estudiar.

Un tallo, lo mismo que una raíz, está cubierto de una capa exterior que se llama corteza, fig. 4.^a *a b c d*. La corteza se compone: 1.º de la epidermis ó cutícula, primera capa delgada, seca y transparente; 2.º del tegido celular *b*, sustancia pulposa y esponjosa, que llena una especie de enrejado de mallas mas ó menos inmediatas y de diversas formas; 3.º de las capas corticales *c*, reunión de láminas fibrosas sobrepuestas unas á otras, y que miradas con el microscopio aparecen enteramente claveteadas de celdillas llenas de una sustancia gelatinosa; dichas láminas constituyen la parte mas considerable de la corteza; 4.º del liber *d*, comprendido entre las capas corticales y la albura y compuesto de un enrejado vascular cuyas anchas aréolas se presentan llenas por el tegido celular; renuévase todos los años.

Debajo de la corteza se encuentra la albura ó falsa madera, que no es otra cosa que un liber endurecido; viene en seguida la madera, que no es tampoco otra cosa que albura endurecida, y en seguida el estuche medular, canal céntrico que contiene la médula.

Fórmase todos los años una capa leñosa, que si se

horizonte pasando de una parte del suelo á otra; y rastrera cuando siendo horizontal lanza acá y allá pequeñas raíces y tallos, y progresiva cuando perece por un extremo á medida que crece por otro.

Pero sobre todo lo que conviene estudiar es la forma de la raíz. Puede ser: simple ó indivisa, ramosa fig. 7, ó subdividida en ramas y ramos; tuberosa, ó sea gruesa y carnuda, en cuyo último caso se llama fasciculada si se presenta dividida hasta la base en pequeñas partes carnudas, prolongadas y reunidas en una especie de haz; orchidácea-palmeada fig. 9, cuando dos ó mas tubérculos se acercan mucho hacia el cuello, y se separan en la estremidad inferior siguiendo empero el mismo plan; orchidácea fig. 40, cuando se compone de dos tubérculos inmediatos y mas ó menos ovales; fusiforme cuando tiene la forma de huso, fig. 41, es decir, que es larga, embutida por el medio y delgada en las dos estremidades; napiforme ó turbinada, fig. 42, en forma de trompo ó nabo; cónica fig. 43, si se asemeja á un cono puesto al revés; tuberculosa, fig. 44, si consiste en una masa carnuda sin formas bien determinadas, como la patata; moli-niforme, fig. 45, cuando muchos tubérculos reunidos por medio de un hilo forman una especie de rosario; grumulosa, fig. 46, cuando la raíz está formada por muchos granos redondos y tuberosos; palmeada cuando es tuberosa, aplastada, profundamente dividida, de modo que imite una mano abierta cuyos dedos estuviesen separados; en fin, articulada, fig. 8.^a, si de distancia en distancia presenta una semejanza con las articulaciones.

DE LOS TALLOS SUBTERRÁNEOS.

Es necesario no confundir la raíz articulada con los



árboles, se deseca y muere por falta de principios orgánicos que mantengan la vegetación. Hé aquí por qué es tan diferente la duración de los vegetales leñosos de la de los herbáceos.

La *savia*, que no debe confundirse con el *cambium*, circula por el vegetal por medio de vasos porosos que recorren la albura y el tronco; y si bien nutre las partes que visita, con todo, no puede organizar nuevas partes sino cuando por efecto de la acción del *liber* y de la albura se ha convertido en *cambium*. A fuerza de tiempo, los vasos porosos se obstruyen con el mayor espesor de sus paredes, y desapareciendo al cabo, queda para siempre interrumpido el curso de los líquidos.

Un tallo puede ser *herbáceo*, tierno, y de la misma condición que la yerba; *jugoso* ó *carnudo*; *fistuloso*, con un canal vacío en toda su longitud, con interrupción ó sin ella; *leñoso*, formado de una manera mas ó menos sólida y duradera. A este último se le llama *arborescente*, cuando es grueso y formado como un árbol; *arborescente*, cuando es menor y no forma mas que arbusto; *fruticoso*, que es como el anterior, pero menos leñoso; *fruticosa* ó *fruticulosa*, que es lo mismo aunque sin yemas ó botones; y *sub-fruticosa*, que es bajo, apenas leñoso, y formando un medio entre la yerba y el árbol.

Un tallo se llama *enredadera*, fig. 3, cuando para elevarse se ase á los cuerpos vecinos por medio de pequeñas raíces, tigreretas, por su propia torsión; y *voluble*, fig. 4, que gira en línea espiral alrededor de los

que una sola masa carnosa, vervi gracia, la cebolla del azafran y del tulipan.

3.º Los *bulbillos* solo se diferencian de los bulbos en que nacen en varias partes de la planta, por ejemplo, en los sobacos de las hojas, en la division de los ramos, etc. Los vegetales que los producen son *viviparos*.

4.º Los *tubérculos* son unos receptáculos carnosos; unos cuellos muy desarrollados, que echan botones y raíces. Lo que mayormente los distingue de los bulbos sólidos es que pueden llevar muchas yemas colocadas en varias partes de su superficie, por ejemplo, la patata, la cotufa, etc.

DE LAS HOJAS.

Dáse el nombre de *hojas* á unas expansiones verdes ó verduzcas, que nacen en el tallo ó en los ramos ó salen del cuello de la raíz. En su estudio hay que mirar.

- 1.º Su contestura;
- 2.º Su especie;
- 3.º Su pefoliación;
- 4.º Su inserción;
- 5.º Su disposición respectiva;
- 6.º Su dirección;
- 7.º Su consistencia;
- 8.º Su pubescencia;
- 9.º Su duración.

1.º **CONTESTURA.** En una hoja, fig. 4, hay que dis-



Lámina 3 a

cuerpos con que se sostiene y se eleva. En este caso existe un hecho estremadamente singular, y es que todas las especies que giran de izquierda á derecha jamás le hacen de derecha á izquierda, y las que tuercen de este último modo, nunca lo verifican del primero; de manera que, por mas que por todos los medios imaginables se las fuerce, se las desenrede y coloque en otra dirección, luego que se las deja en libertad, vuelven á su posición primera: fenómeno inexplicable en el actual estado de la ciencia.

Cuando un tallo carece de aguijones y espinas, llámase *inerte*. Las *espinas*, fig. 5, son una prolongación de la madera, como en la ogiacanta; y los *aguijones*, fig. 6, no son mas que una prolongación de la epidermis que fácilmente se separa de la corteza, como en el rosál.

DE LA GEMACION.

Así se llama cuando tiene relacion con el brote de las plantas. La gemación ó yemazón manifiéstase bajo las formas de *yemas*, *bulbos*, *bulbillos* y *tubérculos*.

1.º Una *yema*, fig. 7, es, por decirlo así, el rudimento de los renuevos, y nace sobre los tallos y sobre las ramas; es la cuna que contiene los principios de las hojas, flores y ramas. Para guarecerla de las intemperies de las varias estaciones, hasta el momento señalado para su desarrollo, la rodea la naturaleza de una sustancia lanuda ó de una cubierta glutinosa, que la resguarda del frío y humedad. En los países cuyo invierno es rigoroso, hállase esta capa ó cubierta en todas las plantas; pero no así en la mayor parte de los vegetales que crecen en climas cálidos, á menos que habiten en altas montañas.

2.º Los botánicos largo tiempo han confundido con las raíces los *bulbos* ó *cebollas*, fig. 8, y aun lo hacen hoy día los agricultores. Consiste un *bulbo* en una corona ancha, lisa, bastante delgada, horizontal, que echa las raíces por su parte inferior, y lleva en el centro de la superior los principios de las hojas, del asta y de las flores, envuelto el todo en muchas líneas de escamas muy anchas y circulares, ó bien estrechas y sobrepuestas unas á otras, formadas por hojas en abortó. Cuando estas escamas son de una pieza, y abrazan toda la circunferencia de la cebolla común, llámase el *bulbo con túnica* ó *tunicado*; si son estrechas y libres por sus extremos laterales, como en el lirio, el bulbo es *escamoso*, fig. 9, y es *sólido* cuando las escamas están de tal manera confundidas, que parece no forman mas

tinguir ordinariamente dos partes: el *limbo*, *a*, parte frecuentemente lisa y plana, como una plancha ó lámina, que forma casi toda la hoja, exceptuando el *peciolo*, *b*, ó pequeño pie que la sostiene. El limbo consta de la *superficie superior* y *superficie inferior*.

Una *superficie*, ó llámese *cara*, *disco* ó *lámina*, puede ser *lisa*, *luciente*, *viscosa*, *escabrosa*, *áspera*, *perforada*, sembrada de agujeros anchos y repartidos sin orden, *ventaneada* sin parénquima en ciertas partes, donde sin embargo existen *nerviosidades*: *enrejadas*, fig. 2, sin parénquima, y si solo con nerviosidades y venas que forman una red visible á manera de enrejado: *plana*, *cóncava*, *convexa*: *acanalada* ó *estriada*, sulcada por canales en toda su longitud.

La superficie de una hoja puede ser: *lampiña*, esto es, sin pelo ni glándulas; *pubescente*, cubierta de pelo corto, delicado y blanco, parecido á un plumon; *aterciopelada*, cuando el vello imita al terciopelo; *sedosa*, cuando aquel es luciente, compacto, y suave al tacto; *algodonado*, *lanoso*, cuando el vello dá á la hoja apariencia de algodón ó lana; *hispida* ó *erizada*, el pelo está erizado ó es tieso, frágil, con tubérculos en su base *pulverulenta* como cubierta de polvo, y *furfurácea*, cuando este polvo se parece á *salvado*; *colorada*, cuando no es verde; pero en este caso se nombra su color; *garza* ó *glauca* de un verdemar producido por un polvo fugitivo ó blanco azulado.

Acabemos, empero, la descripción del limbo, y dejemos para luego este polvo glauco, que ofrece uno de los mas singulares fenómenos. El *parénquima* de una hoja es toda aquella parte del limbo muelle, celular, verde y sin nerviosidades. Estas, fig. 4, *c*, son aquellas pequeñas líneas fibrosas que recorren el limbo en varias direcciones, forman su esqueleto, y sostienen el parénquima. Llámase *simples*, cuando no están ramificadas, y en este caso puede ser la hoja de un solo nervio, fig. 10, ó de una sola nerviosidad, *trinervada*, fig. 11, ó de tres, *cuadrinervada*, de cuatro, etc.

Las nerviosidades llámase *pennadas*, fig. 12, cuando de una sola parte de la base salen á uno y otro lado otras en un mismo plano, como las barbas de una pluma; *pedáneas*, fig. 13, cuando dos nerviosidades principales, aunque muy divergentes, echan entre si nerviosidades paralelas y perpendiculares á las dos principales; *nervado-venosas*, fig. 14, cuando las nerviosidades se subdividen mucho, y terminan en venas. Llámase *venas* unos nervios poco prominentes y no muy sensibles al tacto.

UNA HISTORIA DEL GRAN MUNDO.

NOVELA ORIGINAL

POR D. TEODORO GUERRERO.

PRIMERA PARTE.

UN CORAZON DE HOMBRE.

(Continuacion.)

IV.

LA CRÓNICA DE SALON.

La viuda recibía en su casa los miércoles y sábados: se reunían pocas personas, y se jugaba, se tomaba té y se conversaba, formándose una de esas tertulias tan soporíferas para los mozalvetes que comprenden que no puede haber goce sin baile, porque dar briucos es su misión en la sociedad. ¡Triste misión!

En cambio los solterones y los positivistas jubilados para el baile sacan partido; los niños entretienen á las niñas, y aquellos, que conocen el terreno que pisan, andan á caza de intrigas propias y de intrigas ajenas. Muchas veces he oído decir á las *maestras de salon* que no hay nada mas perjudicial que un hombre que no baile. Lo que no trabaja con los pies, lo trabaja con los ojos y con la lengua. Del que no baila en un salon debe desconfiarse: es un *espiá* que va al campo enemigo á sorprender secretos, ó un *traidor* que va á hacer algo en su provecho. Muger, ¡alerta!

Era miércoles el día despues de la entrevista de Rosario con Miguel en el teatro del Circo.

En una mesa del salon, jugaban al tresillo la madre de Julia, un jóven de grandes bigotes y un viejo con peluca. Rosario hablaba en el sofá con la muger de éste, y Julia ocupaba un sillón, teniendo á su lado á Guillermo, el imberbe oficial.

Fácil es figurarse que los jugadores de tresillo no pensaban sino en sus cartas: hasta á la madre de Julia se le olvidaba dirigir esas miradas perspicaces que tienden á analizar al hombre que galantea á la niña.

Apenas serian las diez, y ya Julia habia bostezado tres veces; la conversacion de Guillermo no podia distraerla: le hablaba de su vida escolar, de sus travesuras, y mezclaba sus cálculos amorosos con los cálculos matemáticos. ¡Aberracion! Acaso comprendia que el amor era un problema que á fuerza de trabajo y de tiempo se resuelve; pero se engañaba: el amor es como la imaginacion, que hace sus engendros de repente. El oficial desconocia el diccionario galante de la muger en sociedad y no usaba las palabras que alhagan: esas palabras que hieren dulcemente el oído, perdiéndose como los ecos de una música deleitable; las lisonjas. Guillermo era novicio amante como era militar novicio; no habia tenido ocasion de oponer su pecho al fuego de los enemigos, ni al fuego de las pasiones. Amaba á Julia, y aunque nadie le impedia declararse, no sabia empezar, siendo demasiado cándido para conocer las ventajas de una posición semejante.

Guillermo devoraba con la vista á Julia, pues habia acabado de hablar.

Julia se entretenia en contar, tambien con la vista, los botones de la casaca del oficial: los dos jóvenes se hallaban en una posición muy critica.

Rosario contestaba con monosílabos á las preguntas continuas que le dirigia su compañera de sofá: los grandes ojos azules de la viuda estaban fijos en la puerta, pero el camarero que se hallaba detrás para anunciar á los que llegaban, permanecía inmóvil. Levantóse Rosario dos veces para beber un vaso de agua, no pudiendo disimular su inquietud. Ignoraba que los hombres expertos como Miguel de Céspedes saben hacerse esperar.

A las diez y media se abrió la puerta, y el corazón de Rosario dió tres latidos fuertes, conteniéndolos al ver que se engañaba. El camarero anunció en alta voz:

—El señor marqués de Solares.

Aun no habia saludado la viuda al recién llegado, cuando la puerta giró otra vez sobre sus goznes; Rosario volvió á mirar hácia la entrada, no cuidándose de tomar la mano que el marqués le presentaba.

El camarero volvió á anunciar:

—El señor don Felipe Morales.

Rosario marcó el disgusto en su rostro, pero acudió pronto su sonrisa afectuosa para saludar á Morales y al marqués. Este se acercó á la mesa de juego, y aquel ocupó una silla al lado del sofá, con gran alegría de Rosario, porque pudo dejar la conversacion, teniendo quien la sostuviese. La lucha de la impaciencia es terrible: nada hay mas impolítico; pero tampoco hay nada mas interesante.

El marqués estaba sentado entre la madre de Julia y el viejo de la peluca, que cada vez tenia la cara mas nublada, á causa de su mala suerte. El marqués dijo al tercer jugador:

—¿Estuvo vd. anoche en el Circo, amigo Marañón?

—Si, contestó el interpelado, olvidándose de echar su carta; Celina cantó admirablemente....

—A propósito del Circo y de Celina, añadió el mar-

qués, y no sea vd. malicioso:—¿sabe vd. que disgusto medió entre Céspedes y Castro?

El viejo tresillista le advirtió con mal gesto que estaba esperando su jugada.

Rosario se estremeció y puso atención. Maraño, después de echar su carta, contestó:

—Se ignora la causa, pero hay razones para adivinarla. Ignacio de Castro es el marido de Luisa....

—¡Mala lengua! exclamó la madre de Julia, sonriéndose. Es vd. terrible.

—Señora, gracias.

—Dicen que Céspedes insultó.

—¡Veinte tantos! dijo el viejo con emoción; he dado un codillo.

Maraño pagó su descuido. Rosario le echó una maldición al de la peluca, y el marqués anudó la conversación, diciendo:

—He oído que la herida es peligrosa.

Julia no se acordaba que tenía a su lado al oficial; la conversación de la mesa de tresillo dominaba la curiosidad.

Rosario vió a Morales, que se ponía en pie, y le dijo, aparentando serenidad:

—¿Quién está herido?

—Dicen que Castro, señora.

Rosario respiró.

Acercóse Morales al marqués, y poniéndole la mano en el hombro, le dijo:

—La herida es bien peligrosa: tiene atravesado el pecho.

—No, dijo Maraño con petulancia; la bala le des- hizo la tibia: una fractura conminuta;—mañana le cortan la pierna.

—Señores, añadió el marqués, estoy bien informado, porque mi amigo Eladio Ortega ha sido uno de los testigos; la espada le entró por el estómago y el médico asegura que es mortal la herida de Céspedes.

—¡Céspedes! el herido no es Céspedes, dijo Felipe Morales.

—Lo sé, caballero, contestó el marqués.

—Y yo también.

—Veremos quien gana.

—¿Quiere vd. apostar?

—Gracias: nada me importa ni el uno ni el otro.

—A mi tampoco; pero apuesto a que es Castro el vencido.

—No apuesto, amigo Morales, aunque me consta el mal estado de Céspedes.

Rosario se había agarrado a la silla de la madre de Julia. Esta dijo, dejando de jugar:

—Señores, así son todas las noticias; tres personas bien informadas y nada sabemos. Cada cual describe el lance de distinto modo.—Juego: el basto.

El viejo de la peluca estaba desesperado.

Rosario se había dejado caer en una silla, pues su corazón sostenía una lucha terrible. ¿Sería Miguel el herido? ¿Habría dado lugar al lance alguna entrevista con Luisa?—Temía, porque Céspedes tardaba.

Seguían los comentarios, cuando volvió a abrirse la puerta, y sin que nadie anunciara, dos personas pusieron el pie en la alfombra de la sala.

Todos volvieron la cara, y el marqués, con aire triunfante, se acercó a Morales para decirle al oído:

—¿Ve vd. como tenía razón? ¡Oh! ¡lo sabía por buen conducto!

—Es verdad, marqués; el pobre Céspedes es la víctima, puesto que Castro está ileso.

Rosario, al ver a Ignacio de Castro que entraba con su esposa, dió un gemido; seguramente que su visita, después de tanto tiempo, se dirigía a gozar de la victoria y a vengarse. Ya no dudaba: Céspedes estaba herido.

Ninguno se atrevió a seguir la conversación. Morales y el marqués propusieron a Ignacio una partida de tresillo tratando de sondearlo; pero el joven cerró sus labios, entregándose al juego con un fervor que tenía sorprendidos a los circunstantes.

Luisa tomó asiento al lado de Rosario; estas dos mugeres se entendían: sin mirarse, sin hablarse, sin tocarse, se regalaban veneno por los ojos, por la boca, por las manos; a ser hombres, se hubieran provocado por el gusto de despedazarse; Miguel era la manzana de la discordia arrojada entre las dos. Rosario no podía ocultar su desesperación, porque suponía a su amante herido de muerte. Luisa estaba regocijada, porque no veía allí a Miguel y adivinaba lo que sufría su rival.

Dieron las doce.

Nada había cambiado el aspecto de la sala; las dos mesas de tresillo seguían animadas; Julia y Guillermo se miraban; Rosario y Luisa callaban; la esposa del tresillista de la peluca dormía en el sofá.—¡Hé aquí una tertulia a la dernière!

No habían transcurrido diez minutos, cuando se abrió la puerta y la áspera voz del camarero, dominando aquel silencio, anunció:

—El señor don Miguel de Céspedes.

Una chispa eléctrica no hubiera hecho en todos los concurrentes una impresión mas estraña. Los tresillistas alzaron la cabeza, y Castro aparentó no conocer lo que pasaba.

El corazón de Rosario dió un latido violento; el de Luisa ahogó un sollozo. Maraño miró al marqués, encogiéndose de hombros:—la admiración estaba pintada en todos los semblantes.

Miguel que llegaba para ser, como siempre, el héroe de la fiesta, entró, hizo un saludo general y ofreció su mano derecha a la viuda.

V.

EL AMOR EN UN SOMBRERO.

Quince días habían pasado.

Hacia una deliciosa tarde de invierno: el sol con sus tibios rayos convidaba.... En fin, por no parecerme a los escritores que tantos encantos encuentran en poetizar cuanto cae en su pluma, diré que hacia una tarde como todas las tardes de invierno, cuando no llueve ó está nublado. El mundo *fashionable* de la corte se trasladaba al paseo de Atocha, que es uno de los paseos mas *sui generis* que pueden conocerse; este paseo se asemeja al camino de la gloria: escabroso, de no alhagadora vista; y con el templo a lo lejos, que tal parece el Observatorio astronómico.

Un joven elegante dejó las riendas de su tilbury al *jockey*, y en lugar de confundirse entre la turba, ocupó una de las sillas del paseo. A cada momento llevaba la mano al ala del sombrero para contestar a los saludos que le dirigían; algunos iban acompañados de alhagadoras sonrisas: ya dije que Miguel de Céspedes estaba en boga. Muchas miradas se fijaron en su persona y muchas señas se cambiaban entre las mugeres, relativas al *leon cortésano*.

Miguel se manifestaba indiferente a esta ovación que no podía menos de lisongearlo, y permanecía recostado contra el tronco de un árbol.

Cuatro manos se agitaron a la vez para saludarle.

Céspedes se levantó, porque había percibido una demostración de Rosario, que separándose un poco de Julia, de su madre y de Guillermo, dijo en voz alta:

—No se olvide vd., amigo Céspedes, de la nueva tanda de walses de Strauss que me ofreció el otro día.

—No lo olvidaré, señora.

—Son para mí de mucho interés, repuso la viuda haciendo una mueca graciosísima y de buen tono.

—Ya sé, contestó Miguel, que es vd. filarmónica decidida.

—Tampoco olvide vd. que hoy es sábado y recibo. Bajó la voz para añadir:—Hasta la noche.

Una sonrisa de inteligencia, muy espresiva, acompañó a esta cita dada *sotto voce*.

—Señoras, a los pies de ustedes.

—Adios, Céspedes.

Miguel hizo una cortesía y fué a tomar su silla; pero estaba ya ocupada; viendo la imposibilidad de conseguir otra, siguió por aquel flujo y reflujo de gente, dejándose llevar, casi sin moverse. Se puso a contemplar por la espalda a las personas que acababa de hablar, y difícil hubiera sido conocer en cual de las tres se fijaba su atención; lo hacia con estudio, temiendo que le sorprendieran: iba gozando de esos murmullos de admiración que deja la muger hermosa como el perfume del almizcle. Cinco veces en cinco minutos se volvieron dos ojos negros, brillantes, para mirarle; no se le escapó al joven esta distinción, pero supo desentenderse sin explicarse la causa. La que le miraba era Julia.

El oficial estaba cólerico, pues conocía la predilección de su amada; hacia un mes que Guillermo perseguía a Julia, y esta le toleraba a su lado; le sonreía y le dejaba hablar de su pasión, conmoviéndose lo mismo que cuando le hablaba de sus estudios de colegio; Guillermo sentía su primer amor a los diez y ocho años, y por mas que los poetas eleven al cielo a los amantes imberbes, las mugeres toman el amor de estos por una fruta verde, que es insípida, y como insípida poco apetitosa. El amor de los hombres—niños es el mas impetuoso, porque es el que encuentra mas obstáculos; tiene que luchar contra la repugnancia de la protegida, contra los consejos y prohibiciones de su padre, contra los tiros contundentes de su proyectada suegra y contra su posición social, que las mas veces es.... ¡cero! No es fácil vencer tanta contrariedad.—Estos amantes sirven a las coquetas de juguete y de recurso para dar en cara a otros. Sin embargo, las mugeres se equivocan y no saben lo que pierden, despreciando el cariño de los amantes prematuros. La *maestría* que viene con la edad es el verdugo de su corazón, porque gastada la naturaleza del hombre, encenagada el alma con el cuerpo que la arrastra, ahogados los instintos, adiestrada la mentira, ¿qué puede ofrecerle a una muger?—Una inclinación viciosa, un fuego fátuo que no le quema mas que en la apariencia, brillando en sus ojos desenfrenados. Al ver que le contrarian sus propios impulsos, se esfuerza el hombre por vencer, y para conseguirlo miente; hace pedazos su corazón y lo reparte como prendas de cariño; pero ¡ay, mugeres! no dá entonces su corazón porque quiere pagar vuestro afecto, sino porque su corazón es ya una ceniza que le escalda, un cuerpo extraño que le estorba, un miembro inútil; porque no se conmueve ni al fuego de vuestros ojos, ni al contacto de vuestros labios ardientes, ni menos con el espléndido tesoro de vuestras palabras apasionadas. Esos ímpetus que veis son movimientos galvánicos del corazón, producidos por el estudiado choque del orgullo que se siente herido en su derrota.—Y en cambio ¡qué manantial de emociones en el joven que llega al mundo, que se conmueve por una muger, y que cierra sus labios porque le falta voz para dirigirse a un ser que contempla con las formas de un ángel y revestido con la magia de un idolo! Su corazón es una flor, riquísima por su perfume que se conserva intacto. ¡Ah! ¡mugeres, mugeres! ¿Es esto lo que despreciáis? ¿No veis que el corazón de ese niño es de cera y puede amoldarse al vuestro fácilmente? ¿No consideráis que

vuestros labios encontrarán en los suyos el jugo bastante para saciarlos? Los del hombre gastado son una esponja seca que se empapa en la hiel del corazón; y vosotras, en la embriaguez de los sentidos, no conocéis el engaño. ¡Oh! sois estraordinarias en todo: jamás al hombre que os desprecia, y haceis burla del que os ama!—Si tanto os gusta dominar, huid de la serpiente que os dá veneno; el niño es la mariposa de brillantes colores, cuyas alas podeis deslustrar....

¿Adónde iba yo?—Esta pluma maldita se me escapa cuando menos lo pienso. ¿Qué me importa lo que las mugeres hagan?—Perdona, lector, y descendiendo conmigo de las regiones ideales, donde tiene su trono la fantasía, a las regiones terrenales, donde tiene su trono la farsa y la mentira; sígueme, pues, por el paseo de Atocha, si es que no te cansa tanto este paseo como mi narración, lo que no pondría en duda.

Miguel iba embebido, contemplando a cuantas mugeres pasaban, cuando sintió que un abanico caía a sus pies; lo recogió, y al presentarlo a su dueña, lanzó una exclamación de sorpresa, a que contestaron otras dos ofreció ambas manos a las personas que le detuvieron, y se las estrecharon—aunque de distinto modo.

Volviose Céspedes hacia el viejo que acompañaba a la dueña del abanico, y dijo:

—Ignoraba que estuviesen ustedes en Madrid.

—Sí, mi amigo Céspedes; llegamos ayer; la pobre Rita se quejaba de continuas jaquecas en Toledo, y determiné volver a la corte.

—Es cierto, añadió la interesante joven; sufría mucho en Toledo....

Y una lánguida, pero fija mirada se clavó en Miguel.

—Espero, picaron, continuó el viejo con esa candida buena fé de algunos miseros predestinados, que me visite vd. a menudo, como antes; de ese modo destruirá vd. a Rita, que está triste; tiene vd. simpatías con ella.... ¡oh! mucho, mucho hablabamos de vd. en Toledo.

—Es cierto, repitió Rita con intencion.

—Esta señora y vd. son muy amables.

—Somos justos; nada mas que justos.

—Gracias. Prometo ir, si me da vd. las señas de su habitación.

—Calle de la Montera, esquina a la de Jardines.

—Bien: no las olvidaré.

—Adios, picaron, añadió el viejo sonriéndose.

—Servidor.

Se despidió, y al pasar por el lado de Rita, volvió esta la cabeza y le dijo: «Hasta la noche.»

Miguel hizo una señal de asentimiento, y se dirigió a su tilbury, que partió al galope.

El joven no había visto a Rosario, que pasaba por su lado en el momento que le citaba Rita. La infeliz palideció y tuvo que apoyarse en el brazo de la madre de Julia.

Miguel entró en su casa y pidió la comida; antes de servírsela, le presentó el ayuda de cámara dos de aquellas cartas que tan acostumbrado estaba a recibir. Mas bien por pasar el tiempo que por curiosidad, rompió los sellos y las leyó. La primera decía en italiano:

«Esta noche no hay función y te aguardo. Tienes abandonada a tu amante—CELINA.»

La segunda no contenía mas que estas palabras en el idioma del amor, que no siempre es el castellano: «Estoy luchando inútilmente contra tu volubilidad; si te queda un resto de ese amor que tan ardiente me pintabas, ven esta noche: oíré tus protestas y te perdonaré. Tuya—LUISA.»

—¡Esta noche! exclamó el joven; el demonio se conjura contra mí; a no dividirme en cuatro partes, es imposible que cumpla con todas. Rosario, Rita, Celina y Luisa me citan; no encuentro modo de evadirme.... Mucho chacho, ¡vino de Champagne! ¡A la salud de mis cuatro adoradas!... ¡Feliz ideal! ¡el Champagne es el dios de los pensamientos sublimes! el Champagne crea en la cabeza un mundo nuevo: es el rey de los vinos, y da chispa al que no la tiene....

Celebróse él mismo su equivoco, y levantándose de improviso, cortó cuatro papeles iguales, escribiendo los nombres de las cuatro mugeres en cuestion; después dobló estos papeles, y echándolos en su sombrero, exclamó:

—¡A la suerte! hoy las quiero lo mismo a todas: mi corazón no distingue... ¡Ea!

Metió una mano en el sombrero y sacó un papel; desdoblólo y leyó el nombre de Rosario.

Después de comer, encendió un habano y se durmió en el sillón enfrente de la chimenea, sin que un pensamiento para sus amadas fuese a perderse entre el humo de su cigarro, primero, ni después turbase su pacífico sueño.

A las diez se vistió de nuevo, ocupó su carruaje y hizo avivar con su látigo el paso de los caballos. ¡Hé aquí lo que el joven iba diciendo para sí, y se sobró lo que había pasado en los últimos quince días.

—La suerte quiso proteger a la viuda: no tengo culpa; perdonenme las otras lo que ellas llamarán infidelidad; pero ya me disculparé; según dice Luisa, poseo el don de convencer. Rita viene a Madrid en mala ocasión. Celina acomete cada día mas a mi bolsillo. Luisa la pobre, me manifiesta una pasión que ablandaría a una piedra; pero como felizmente no soy de piedra, no me ablando; cuando creí que después del duelo con Ignacio, en el cual tuve la suerte de desarmarlo tres veces seguidas, no hubiera vuelto a mirarme, al ver a su marido ileso, me dijo que me amaba mas todavía, porque era valiente. Vamos: ¡la muger es



un diablo! Luisa y Rosario se disputan mi persona, sosteniendo una guerra á muerte.... ¡Ja, ja, ja!... ya es empresa.... Mucho quería á la viuda, pero quince días de amor las nivelaron....

El carruaje paró delante de una casa de la calle de Carretas.

VI.

LATIDOS DEL CORAZON.

Muchas personas se hallaban reunidas esta noche en casa de Rosario. Conversaban unas y jugaban otras; habia mucha animacion, cruzándose las bromas y los coqueteos, y pasaba el tiempo rápido, marcando esos minutos de felicidad que hacen olvidar las penas en medio de la mentira social. La viuda, sentada en un sillón, con la barba apoyada en una mano, parecia indiferente á cuanto le rodeaba; la escena del paseo atormentaba su imaginacion, y creia estar viendo á Miguel prodigar caricias á la desconocida que lo habia citado; una amarga sonrisa era su respuesta á las galanterias que se le dirigian, y pretestó una leve indisposicion para que no la importunasen los necios; solo podia sacarla de su éxtasis la puerta al abrirse; pero dieron las diez y Miguel no habia llegado; sin duda se hallaba con su nuevo idolo; solo las mugeres comprenderán el estado de Rosario.

Algunos minutos despues, el camarero anunció á Miguel de Céspedes.

El corazon de la viuda palpitó con tal violencia, que tuvo que poner una mano sobre su pecho, porque creyó que se ahogaba; su pobre corazon le marcaba una de esas dichas inefables que son superiores por su combate á la organizacion femenina; estos latidos del corazon no los producía solo el cariño: eran voces del amor propio que cantaba su victoria. Miguel no habria visto á su rival y la posponia; ¿puede haber triunfo que mas envanezca á la muger?—No.

Rosario tenia el privilegio de ser la primera á quien se saludaba, y pagó con una tiernísima mirada y con un dulce enlace de manos aquella distincion. Al volverse Miguel, se encontró con los ojos de Julia que le examinaban fijamente; saludóla y notó el gesto de Guillermo, gesto que pagó con una sonrisa burlona. El oficial se habia constituido en compañero perpétuo de la jóven y no la abandonaba, sin conocer que Julia no le recibia con esas muestras marcadas de aprobacion, que constituyen los principios de una correspondencia apasionada, de una atraccion.

Despues que Céspedes dió una vuelta por el salon, haciéndose presente se sentó al lado de Rosario.

Hubo un momento de silencio.

Miguel acercó mas su silla y dijo:

—¿Es cierta esa indisposicion, Rosario? Me lo advirtieron al entrar pero no lo creí.

—Hizo vd. mal, caballero, contestó la viuda, tomando un tono marcado de reprension.

—Entonces....

—Sufro mucho y vd. es la causa.

—¡Yo! exclamó Miguel riéndose. ¡Lo mismo que todas! Siempre hay algo que echarle en cara al mas sumiso.

—No te esperaba, Miguel, dijo la viuda cambiando de tono.

—¿Por qué? Ofrecí venir y cumplo siempre mi palabra.

—¡Siempre!... ¿Entonces vendrás de casa de otra muger?...

—¡Yo! preguntó Miguel mirando á Rosario con asombro.

—Si, tú; esta tarde te citaste en Atocha con una jóven, hermosa por cierto.

—Veo que tienes una policia que te honra, Rosario; pero me alegro, porque así ves que te prefiero.

—Quizás me engañes, pero hay cosas que gusta creerlas. Dime el nombre de esa nueva protegida.

—Sonríese la viuda con coqueteria, esperando una respuesta acorde; no sé si Miguel iba á complacerla, pero entraron dos señoras, y Rosario tuvo que abandonar su puesto. Imitóla Miguel, preguntándose admirado, cómo averiguan las mugeres ciertas cosas....

Formando un grupo en medio de la sala, se hallaban Maraño, Morales y el marqués de Solares; se entretenian en observar, comentándolo todo, por hacer algo.

Acercóse Miguel á ellos y tomó parte en la conversacion.

El marqués le dijo:

—Es vd. el hombre mas afortunado que conozco, amigo Céspedes.

—¿Afortunado yo? preguntó Miguel con indiferencia.

—Si, añadió Morales; dentro de poco habrá que prohibirle á vd. la entrada en los salones, por perjuicio.

—¡Oh! repuso Maraño, vd. lo entiende, encadena los corazones á docenas....

—¿Se chancean vds., señores?

—No nos chanceamos, contestó el marqués. La viuda estuvo inquietísima hasta que vd. vino. Esa pobre muchacha Julia se desvive de amor; pero vd. es ingrato con ella. ¡Qué picarillo!

—Dice Julia, añadió Maraño, que es vd. el mas galante y el mejor mozo que se presenta en la sala.

—Amigos, eso es adularme, y suplico...

—No desperdicie vd. la ocasion.

—¿Qué diablo! exclamó Miguel; ¿no vé vd. que es soltera?

—¡Buena! dijo Maraño; me alegraré no olvidarlo por si mañana me caso.

—¡Es lástima! repuso Miguel, casi entre dientes. La muchacha es una perla, y me gusta en extremo... pero ¡que sufra!

—Repáre vd., marqués, añadió Morales tocándole en el brazo; repáre vd. como mira á Céspedes... ¡Qué papel tan ridiculo hace aquel oficial!

Miguel volvió la cara y halló los ojos de Julia fijos en su persona. Desconcertóse sin adivinar la causa y se acercó á una de las mesas de juego.

Rosario suplicó á Julia que cantara; todos los jóvenes unieron su voz, pero ella se negó, disculpándose con un frivolo pretesto; el oficial abandonó el puesto herido en su amor propio.

Un momento despues, Miguel, dando una vuelta por la sala, halló ocasion de sentarse al lado de Julia; ésta sintió latir con violencia su corazon al verle tan cerca; tiempo hacia que luchaba con un amor que creia guardar en su pecho, aunque lo destruía, sin saber que sus ojos lo decian. Los ojos delatan al corazon, manifestando lo que este siente; el corazon es mas noble: nunca delata á los ojos, y devora en silencio las impresiones que ellos le comunican.

Miguel, como hombre esperto, sabia que para conseguir un triunfo es preciso estudiar el campo, y se preparó; queria huir de Julia, pero hallándose ya á su lado, conoció que debia insinuarse, y dijo á la jóven:

—Me parece, señorita, que hace vd. mal en negarse á cantar.

—¿Por qué?

—Es una crueldad privarnos de ese placer.

—¡Una crueldad! exclamó Julia balbuciente.

—Si; al menos yo no puedo espresar á vd. el deseo que tengo de admirar su voz.

—¿De veras? Bien quisiera ahora; pero ¿qué dirán?

Estas palabras la vendieron; Miguel respiró con el contento del orgullo satisfecho.

—Nada dirán, Julia, sino que es vd. sumamente amable y que supe convencerla.

—¿Lo cree vd. así?

—Claro está.

—Déme vd. el brazo: voy al piano.

—Con mucho gusto.

Imposible seria pintar la estupefaccion de los concurrentes. El amor es siempre lo mismo: ciega y no deja notar el efecto de una imprudencia. Miguel era vencedor y todos le miraron.

Morales cogió del brazo á sus dos amigos y les dijo:

—¡Julia va á cantar!... ¡El demonio es ese Céspedes! La ha convencido.

—No es extraño, murmuró el marqués.

—¡Oh, las mugeres! dijo Maraño con tono sentencioso: las mugeres se entregan con sus impulsos.

Al ver que Julia se acercaba al piano con Miguel, rechinó Guillermo los dientes, se mordió los labios y salió á respirar el aire libre, porque el despecho le ahogaba. Rosario lo habia visto todo, se levantó y tocándole en el hombro á Miguel, le dijo al oido:

—¡Es vd. sumamente galante! Ha podido vd. mas que toda la tertulia.

—Eso me honra, señora.

—¡Es vd. un hombre sin corazon!

—¿De veras? ¿Quién sabe?...

—¿Se ha propuesto vd. atormentarme?

—Si vd. me permite, Rosario, voy á oír cantar: soy frenético por la música.

Rosario salió para enjugar dos lágrimas. En el corredor encontró á Guillermo y le tuvo lástima; eran dos corazones heridos.

Julia cantó admirablemente una romanza italiana; todos aplaudieron con furor, manifestando su entusiasmo; en medio de las demostraciones, oyó la jóven un ¡bravo! dicho por lo bajo á su espalda, que la hizo estremecer; habia conocido la voz de Miguel.

La pobre niña tomó el brazo que este le presentó, y con la cabeza baja cruzó la sala; el jóven la dejó en su asiento, diciéndola solamente: «gracias.»

¿Quién duda que una palabra, una sola palabra puede compilar un diccionario? ¿Acaso no basta un perdigon para matar al pájaro que ha salido ileso, despues de sufrir diez descargas? Todo se reduce á herir en el punto mortal. Cuando una palabra, lo mismo que el plomo encendido, toca en el corazon, mata;—esta palabra la habia pronunciado Miguel, y Julia sintió el efecto.

Céspedes no volvió á hablar á la jóven; pero varias veces, al mirarla, notó que su vista estaba fija en tierra: esta era la mejor prueba de su impresion. Conocia demasiado prácticamente á la muger para que se le escapara la revolucion interior que estaba pasando por Julia: comprendia bien los misterios psicológicos y no se precipitaba.

Miguel se despidió de Rosario, cuyo corazon queria romper su pecho; al pasar por delante de Julia, hizo un breve saludo, sin atreverse á darle la mano, porque sabia cuán imprudente suele ser ésta, vendiendo al alma, con una demostracion insinuante.

Al acostarse decia Miguel pensativo:

—¿Ló que son las mugeres! ¡Julia es un ángel!...

—¿Lástima que sea soltera!

VII.

ESPINAS Y FLORES.

—¿Qué sueño tan pesado tiene vd., amigo Céspedes.

—¿Quién es?

—Soy yo; vamos, levántese vd., que vengo á hacerle una proposicion brillante.

—Buenas noches, marqués.

—¿Está vd. soñando? Han dado las doce.

—¿De veras? Empezaba á coger el sueño.

—Levántese vd. y hablemos.

—Al momento.

Miguel de Céspedes se incorporó en la cama, y unos minutos despues se dejaba caer en un sillón, estrechando la mano del marqués de Solares. Este, sonriéndose, le dijo:

—¡Excelente vida!

—¿Qué he de hacer, amigo?... Nunca creí que tuviera vd. el gusto de igualarse á las modistas que ven salir el sol, y mucho menos para robarme el plácido sueño.

—Son las doce ya....

—Bien, marqués; ¿podré saber el objeto de esta visita?

—Si, amigo mio. Anoche se habló mucho de vd. en la reunion de Rosario: estaba impaciente, porque dice que hace cuatro dias que no pisa vd. su casa ni le ve en parte alguna. La esposa de Castro, que no es mas feliz en este punto, me encargó que hiciese esta visita, y yo, fiel á la amistad....

—¡Bravo! trae vd. buena comision.

—Hombre, los deberes....

—¿Es vd. su confidente? preguntó Miguel riendo á carjadas.

—Cuidado con deslizarse, señor de Céspedes, prorumpió el marqués esforzándose por marcar una sonrisa en sus labios contraindidos.

—No valia la pena de incomodarse y de quitarme el sueño para una cosa de tan poca monta.

—Ademas, añadió, Rosario me encarga que convide á vd. para mañana: vamos los tertulianos de confianza á la alameda de Osuna: ¿quiere vd. ser de la partida?

—No tengo inconveniente.

El ayuda de cámara entró en aquel momento, llamó aparte á Miguel y le dijo que una dama queria verle, insistiendo en que habia de entrar. El marqués lo comprendió y le dijo:

—Veo que estorbo, amigo Céspedes; márcheme usted una salida por donde evadirme.

—Imposible, exclamó Miguel; este cuarto no tiene mas puerta que la que da á la sala.

—Busque vd. un medio: soy sordo, ciego y mudo; ademas he oido la voz de Rosario, que sin duda viene personalmente á convidar á vd. á la fiesta de mañana.

—Se equivoca vd., amigo; no es ella.

—¡Oh! bribon; ¡soy muy diestro!...

—Entre vd. ahí, dijo Céspedes precipitadamente señalando una puertecilla á la izquierda; y empujó al marqués hasta que estuvo dentro.

Quitó la llave y se dejó caer con aplomo en un sillón de muelles.

Una muger, cuya cara estaba cubierta con un velo, entró en el cuarto de Miguel, y el ayuda de cámara se retiró sonriéndose maliciosamente.

—Adios, Miguel, dijo la dama descubriéndose el rostro.

—¡Hola! ¿es vd. Rosario? preguntó Miguel levantándose con calma.

—Si: soy yo; sin duda que mi visita te parecerá estraña....

—No mucho, señora; vendrá vd. á informarse de estado de mi salud, y no encuentro palabras con que encarecer tan buena solicitud.

—¿Y nada mas? preguntó la viuda con despecho.

—Nada mas, si vd. no me dice otra cosa.

—¡Siempre lo mismo!

—¡Ah! se me olvidaba repetir á vd. las gracias; ya sé que mañana se dispone un almuerzo campestre en la alameda de Osuna, y que no he sido olvidado; ofrezco participar de tan deliciosa fiesta; mucho mas deliciosa porque tendré el gusto de acompañar á vd. y...

En aquel momento se oyó un leve ruido en el cuarto donde se hallaba el marqués, y Céspedes se sonrió involuntariamente. La viuda palideció, y acercándose á Miguel le dijo con voz trémula:

—¿Quién está en ese cuarto?

—Nadie, señora, contestó Miguel; será mi faldero que araña la puerta por salir.

—¡Miserable! exclamó la viuda; ahí se esconde otra muger; quiero verla.

Miguel se puso á reir desaforadamente, y Rosario conteniendo un sollozo, salió del cuarto sin decir una palabra mas. El despecho la ahogaba; pero ¡cuál seria su sorpresa al pisar el umbral de la puerta de la calle, y ver á otra muger que se apeaba de un carruaje de alquiler, cubierta tambien como ella con un velo! Ambas dieron un grito involuntario, porque se reconocieron á pesar del tupido velo que cubria sus rostros.

Rosario salió y apretando el paso traspuso la esquina de la calle, sin volver la cara para mirar á su rival. Luisa, porque era ella, entró precipitadamente en el carruaje y dijo al cocher.

—¡Aprisa! á la plaza de Oriente.

El cocher se encogió de hombros y cruzó con su látigo el lomo de sus escualidos caballos, que hicieron todo lo posible por correr.

—¡Ha visto vd., amigo Céspedes? ¡Soberbia escena!

—¡Sublime! exclamó Miguel separándose del balcón á donde se habia asomado con el marqués, apenas hubo cerrado la viuda la puerta.

—No se contentó con encargarme que viniese hoy á ver á vd., sino que...

—¿De quién está vd. hablando?

—De la otra; la conocí apesar del velo, en cuanto puso el pie en el estribo; ¡oh! no hay muchos pies en la corte tan pequeños.

—Cuidado, marqués....

—Soy discreto: hasta mañana; espero que no faltará vd. al almuerzo.

—No faltaré.

—Espero también que allí no se acordará vd. de que hoy he sido su faldero. ¡Qué ocurrencia!

—Adios, marqués.

—Adios, Céspedes.

Preciso es que pase este día sin fijarme en los sucesos que pudieron tener lugar en él, si es que los hubo, porque yo, indolente por naturaleza, abandono á veces á mis personajes sin acordarme de ellos en algùn tiempo. Así me parecen luego mas interesantes; despues de una ausencia, siempre se encuentra algo nuevo; la variedad es la poesia con que la imaginacion se engalana á sí propia....—A la cuestion.

A las diez de la mañana del siguiente día paraban dos carruages en la posesion de Osuna. Del primero se apearon el marqués, Luisa, Morales y Maraño; del segundo, Rosario, Julia, su madre y Guillermo.—Alguno faltaba en la comitiva.

El marqués dijo mirando de sos'ayo á Rosario y á Luisa:

—Se hizo esperar Miguel de Céspedes; pero aseguro que vendrá, porque me lo ofreció.

—Lo dudo, murmuró Rosario, evitando la mirada de Luisa, que ya tenía á prevención los ojos fijos en otro lado.

—¿Lo duda vd.? ¿Acaso se ha negado?....

—No le he visto, marqués.

—Allí viene, gritaron Morales y Maraño agitando sus pañuelos.

—Con efecto, él es, exclamaron todos.

Rosario y Luisa se sonrojaron. Julia respiró fuerte. Guillermo rechinó los dientes.

Miguel detuvo de repente su briosísimo caballo, echó pié á tierra, y saludando con gracia dió sus disculpas.

—¡Bien venido! dijo Morales.

—Veo que estoy de mas.

—¿Por qué? preguntó Maraño.

—Reparo, contestó Céspedes, que hay aquí cuatro parejas; yo que llego mas tarde me quedo sin ella.

—Hago una proposicion para nuestro paseo por los jardines, mientras preparan el almuerzo, dijo la madre de Julia.

—¿Cuál? preguntaron todos.

—Echaremos suertes; cada uno será galán de una dama hasta la vuelta á Madrid.

—Aprobado, gritó el marqués; á mi me toca hacer la jugada.

Sacó el lápiz de su cartera, escribió los nombres en unas tiras de papel, y los echó en dos sombreros.

Julia y su madre fueron las encargadas de este matrimonio disoluble.

Salieron: el marqués con Rosario, Maraño con Luisa, Morales con la madre de Julia, y esta con Céspedes.—¡Estaba escrito!—Guillermo quedó de non; tuvo que sufrir la risa general y soltar el brazo de Julia, del cual se habia apoderado; despues se retiró á alguna distancia procurando reirse de su suerte.

Miguel presentó su brazo á Julia sin hacer caso de las miradas de ira que le dirigian la viuda y Luisa. El no sabia explicarse por qué se alegraba de que le hubiese tocado ser caballero de Julia; esta, por su parte, temblaba de tal modo que Miguel, aunque penetraba la causa, le dijo:

—¿Tiene vd. frio? ¿El aire de la mañana parece que le hace á vd. mucha impresion?

—Sí, mucha, balbuceó la jóven, sin atreverse á levantar los ojos del suelo.

Se internaron en el jardín, entregándose las parejas á sus coloquios.

Guillermo se quedó atrás, sin reparar en las señas que maliciosamente le hacia Morales, ofreciéndole su pareja, cuyo rostro estaba marcando los últimos crepúsculos de la vida.

Sigamos á nuestros paseantes.—Delante iban el marqués y Rosario. La viuda se hallaba poco dispuesta á oír las galanterías de su *cavaliere servente*, porque iba preocupada; pero él era un hombre estremadamente fino, como dice el mundo, y sabia cumplir con su mision; Rosario le contestó con monosílabos y el marqués dijo para sí: «No es extraño: teme que Céspedes se queme al lado del fuego: ignora que su corazon es de piedra. Si supiera que yo la oí ayer....»

Detrás iban Morales y la madre de Julia muy engolfados en una conversacion *interesantísima* sobre el buen tiempo y las delicias del campo. Morales conocia el valor de las palabras, y como hombre de mundo sabia emplearlas. La buena señora no pudo menos de confesar que su acompañante era un jóven amabilísimo, lo cual en boca de una vieja es una lisonja magnífica: es el tiro de una escopeta de viento que va á matar, pero sin hacer ruido.

Tres veces trató Maraño de empezar una conversacion con Luisa, pero convenciéndose de que su dama no queria hablar, se puso á silbar el rondó de *Lucrezia*.

Cerraba la fila la pareja de Miguel y Julia. Anduvieron largo rato sin hablarse, porque ambos se encontraban sin palabras que dirigirse; la turbacion de Julia era el lenguaje de su corazon; pero el silencio de Miguel tenia sorprendidos á sus compañeros. ¿Sería estudiado?

Al fin se decidió y dijo:

—Me parece que no va vd. contenta; acaso mi compañía....

—¿Cómo! exclamó Julia; ¿puede vd. creer?....

—No sé; pero es tanta mi felicidad.... voy tan complacido con vd. que no sé....

Julia se estremeció á su pesar y sus hermosos ojos volvieron á fijarse en el suelo. Aquel lenguaje de Miguel, tan vulgar—es decir, tan apasionado—era el *hosanna* del amor que siempre se canta con voz trémula; pero aquel lenguaje era la sinceridad misma ó la mentira tan bien engalanada, que hubiera engañado al mas esperto. Miguel de Céspedes era en aquella ocasion un novicio y nada hubiera tenido que echarle en cara á Guillermo por cortedad. Cuesta poco *enamorar* á diez mugeres á la vez, pero cuesta mucho *amar* á una. Es fácil repartir el corazon que está lleno de impresiones, pero es difícil, muy difícil explicar una impresion que se ha grabado en el centro, porque allí los ojos no ven, sino adivinan.

Pensando iba Miguel en su posicion, y buscaba en vano palabras que dirigir á Julia, cuando se acercó Rosario, que de intento se habia quedado detrás para decirle:

—¿Qué le parece á vd. esta posesion?

—Deliciosa, contestó Miguel con entusiasmo. Creo que este día figurará en primer lugar en las efemérides de mi vida.

Rosario se mordió los labios y dijo, sonriéndose, para ocultar su despecho:

—Nadie creará en esa felicidad. Verdad es que la cara de vd. no es el espejo de su corazon sino de su cabeza. ¿No es verdad?

—No comprendo, señora....

—¡Oh! sí, nos entendemos.

—Este Céspedes es muy malo, interrumpió el marqués en tono de bufonada; muy malo.

—Tiene vd. razon, añadió Rosario.

—Es un perro viejo....

—Es cierto, marqués; soy perro siempre, pero no en ocasiones dadas.

—¡Cómcl!.... ¡Ah! glo del faldero? ¡Ja, ja, ja!....

El marqués se contuvo, notando su indiscrecion, y vió los ojos de la viuda inyectados de sangre; sintió que le tiraba del brazo para alejarse, y se dejó llevar. Pocos momentos despues, le dijo ella en tono trágico:

—Marqués, necesito una explicacion.

—Señora....

—Si: vd. ha estado ayer en casa de Céspedes.

—Con efecto; pero....

—¡Oh! ese hombre es un villano, y vd es un necio.

—¡Rosario!

—Si, marqués; el hombre que juega con el honor de una muger es un fementido.

—No entiendo....

—¡Basta, caballero!

—Como vd. guste, señora....

Y no despegaron sus labios, entrando poco despues en la quinta, donde aguardaba el almuerzo.

Pocas veces sucede que una francachela de amigos sea mas triste. Cada cual tenia una espiga en el corazon y cada cual se reconcentraba en sí mismo para no pensar en los demas. Guillermo dejó caer dos veces el vaso al llevarlo á los labios, sin duda porque veia inclinarse la cabeza de Miguel, y llegaba á sus oidos el eco de unas palabras amorosas. Luisa y Rosario no se atrevieron á mirarse porque se temian. El marqués bebió y comió por todos. Maraño se empeñó en vano en obsequiar á Luisa, que le parecia sublime en su despecho. Morales acabó de conquistar á la madre de Julia con su continuada conversacion: hacia mucho tiempo que la buena señora no habia tenido tantos minutos á su lado á un jóven galante y buen mozo. Miguel y Julia eran agenos á cuanto les rodeaba: sus almas unidas querian remontarse al cielo en alas del entusiasmo.

Se levantaron de la mesa y los lacayos abrieron las portezuelas de los coches. Todos fueron ocupando su lugar, y detrás de Julia entró Miguel. Guillermo exasperado le dijo:

—¿Supongo, señor de Céspedes, que no pensará vd. en que me quede en la Alameda ó que vuelva á pié á Madrid?

—Nada de eso, amigo mio, contestó Miguel con calma; no debe vd. haber olvidado que la suerte me nombra caballero de Julia y no puedo abandonarla; vea vd. al *jockey* que sujeta de la brida á mi *Sultan*, aguardando un ginete; no tenga vd. miedo: puede montarlo una dama.

—Es que....

—Espero que sufra vd. resignado el cambio: la suerte lo ha querido así.

Guillermo rechinó los dientes y fué en busca del caballo. Apenas le hubo montado, el brioso animal que desconoció al ginete y su poca maestria hizo unas cabriolas y dió en el suelo con el pobre oficial, que se levantó sin lesion, pero pálido de soberbia y de vergüenza.

Miguel se apeó del carruaje y dijo á Guillermo:

—Veo, señor mio, que no es el fuerte de vd. la equitacion: lo siento, porque tengo que abandonar el puesto que me señaló la suerte.

Hizo un saludo, montó á caballo, le aplicó las espuelas, y el animal partió como un rayo.

Al verle desaparecer, Julia suspiró; Maraño, el marqués, Morales y la madre de aquella elogiaron su destreza; Luisa, Rosario y Guillermo fulminaron de sus labios tres gritos de venganza.

Una hora despues entraron en la corte.

(Se continuará.)

NOTICIA

DE ALGUNOS HISTORIADORES CÉLEBRES.

Ingulfo, secretario de Guillermo el Conquistador y el primer historiador despues de la conquista.

Guillermo de Poitiers, capellan del Conquistador, dejó un escrito bastante estimado sobre la conquista.

Guillermo de Malmesbury, que murió en 1143, escribió una historia bastante apreciada desde los siglos hasta Esteban, de quien era gran enemigo.

Mateo de Paris, fallecido en 1259, fué monje de San Albano, y uno de los mejores historiadores de Inglaterra hasta el reinado de Enrique III.

Mateo de Westminster, recogió lo mejor que habian escrito sus predecesores, y concluye su narracion en 1307.

Froissard, historiador francés, educado en la corte de Eduardo III, murió en 1402.

Caxton falleció en 1491 y fué el que introdujo la imprenta en Inglaterra, con una historia general que alcanza hasta 1483.

Sir Tomas Morn, que fué canceller en tiempo de Enrique VIII, y le cortaron la cabeza en 1535, escribió con mucha elegancia el reinado de Eduardo V, y parte del de Ricardo III.

Polidoro Virgilio permaneció 40 años en Inglaterra; fué el mas elegante historiador de su tiempo, pero no el mas fiel; falleció en 1555.

Holingshed murió en 1580, y escribió una de las crónicas mas apreciadas en Inglaterra.

Buchanan fué preceptor de Jacobo VI y el mejor escritor escocés: elocuente y juicioso, pero demasiado enemigo de la corte; murió en 1582.

Stow dedicó 40 años á recoger con mucho juicio materiales históricos, y falleció en 1605.

Speed dejó la mejor crónica de Inglaterra, que llega hasta Jacobo I, y murió el año 1649.

Campden, famoso por su *Britannia* ó *Opinion* de los habitantes, leyes, usos, etc., de la Gran Bretaña, dejó una excelente historia de Isabel; murió en 1623.

El lord Bacon, que falleció en 1626, dejó escrita una excelente historia de Isabel, y murió en 1623.

Sir Roberto Cotton, cuya memoria merece ser honrada por las ciencias, consagró 40 años de su vida á reunir, sin perdonar gastos, su famosa coleccion de manuscritos, que es hoy uno de los monumentos mas preciosos de Inglaterra; murió en 1634.

Sir Mr. Spelman, famoso por su glosario, que es un verdadero tesoro de las antiguas prácticas y constitucion de Inglaterra, murió en 1644.

Sir Roberto Baker, que falleció en 1644, escribió una crónica con tan buen lenguaje, que es la que tiene mas fama aunque dista mucho de ser la mas estimable.

El lord Herbert escribió tambien de mano maestra la historia del reinado de Enrique VIII, y falleció en 1633.

LOGOGRIFO.



La solucion en el número inmediato.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

Los duelos con pan son menos.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 1.